

LECCIONES DE HISTORIA

Dicen que la Historia es maestra de la vida; también, que los pueblos que la olvidan están condenados a repetirla y aún añaden que de los escarmentados nacen los avisados, aunque esto último lo dudo por aquello de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Dicen otras muchas cosas, que recordaré otro día, para que luego no salga alguien diciendo eso de "a mí que me devuelvan mi voto".

Hoy comerzaremos por una breve lección de Historia cercana; una historia que han vivido bastantes de los lectores de "El Alcazar" y que, con toda seguridad por mi parte, apostaría a que la tienen olvidada. Mi obligación es hacer memoria para que no vuelvan a repetirla.

Imaginen que estamos a finales de 1935. "Reina" en España don Niceto Alcalá Zamora, un viejo monárquico, a quien la República ofrecía mejor carrera política, y de quien se afirmaba que tenía una memoria de elefante, para lo bueno y para lo malo. De él es la famosa frase "Yo no soy rencoroso, pero a mí el que me la hace me la paga...". Presumía de católico y dejó quemar iglesias y conventos en toda España; presumía de transparente en sus acciones y toda su vida estuvo acompañado por teatralidades que hubieran dejado en la indigencia a Enrique Borras, de haberse dedicado al arte de Tafia. En fin, don Niceto era un hombre sumamente atraviesadillo.

El año 1935 había sido tan malo como los precedentes. Gobernaba una compleja coalición de derechas y las izquierdas se aprestaban al asalto del poder tras su fracasada intentona de octubre de 1934. Eso sí, el citado 1934 se lo pasaron dando la tabarra con lo de la amnistía para todos aquellos que sólo habían cometido el leve delito político de asesinar guardias civiles y personas de derechas, asaltar Bancos y destrozar Asturias durante los famosos sucesos.

Como las desgracias nunca vienen solas, era jefe del Gobierno un masón de reconocido prestigio entre sus "hermanos" un político cobarde y taimado capaz de vender a su padre por treinta monedas. Según Fernando Rivas en "El Frente Popular", —libro que debieran tener en la mesilla de noche todos los españoles—, "Portela Valladares se había convertido en paladín precipitado de un nuevo partido político, ideado por don Niceto Alcalá Zamora, de carácter centrista, con el que soñaba obtener base parlamentaria sólida para proseguir su carrera política... Existían en España —añade Fernando Rivas— numerosos electores a quienes disgustaban los extremismos, y de estos quiso sustentarse el presidente".

Bueno, fuera ésta o no la idea del tandem que sufría entonces España, la verdad es que don Niceto estaba empeñado en la convocatoria anticipada de unas elecciones, y Dios, que ciega a quien quiere perder, parece que le puso la oportunidad al alcance de la mano. Una trifulca durante la celebración del Consejo de Ministros a finales del 35 provocó una crisis de Gobierno, resuelta en unas horas, pero que dio pie a la convocatoria de las elecciones tan ansiadas por el presidente, quien seguramente pensaba que entre las habilidades de Portela Valladares y su prestigio personal, el centro se iba a llevar el gato al agua. Las elecciones se celebrarían el 16 de febrero, que para más inri era Domingo de Carneval. E inevitablemente comienza la campaña electoral, y nunca mejor empleada la palabra "campaña".

Tras las promesas consiguientes de transparencia y de neutralidad del Gobierno, Portela Valladares inició enjuagues y marrullerías políticas de tal calibre que dejaron atónito y asqueado a un político tan a la vuelta de todo, pero tan honrado, como Joaquín Chapaprieta. El episodio lo cuenta Jesús Pabón: "Portela comenzó a jugar los dos peños (esto es, derechas e izquierdas) ofreciendo el apoyo de Gobernación a la candidatura que más puestos otorgase a los suyos". (Los suyos era el Partido Reformista y Centrista, coaligado con los Partidos Reformista, Nacionalista Vasco, Republicano Radical, Conservadores y la Lliga Catalana). Como decíamos a Chapaprieta le dio un aire: cuando Portela le explicó que "disponía de los resortes del Poder; su conducta obedecía a que el Frente Popular le daba tres puestos en su candidatura en Alicante; si en la otra ponían cuatro puestos a su disposición, mudaría el proceder gubernamental..." Como es natural, Portela Valladares se había apresurado a nombrar gobernadores civiles a hombres de su absoluta confianza...

Sobre estas fuerzas centristas gubernamentales había recaído el juicio sináptico de don José Calvo Sotelo: "Un microcosmos de fantasmas e histriones, picapleitos engolados, ex ministros polizones, razas nocturnas de comisiones gestoras, hechas al filo de medianoche, como para aprovechar los últimos minutos del período electoral, cubriendo el máximo impudor con una brizna de pudor de leguleyo; transformismo y cubileteo políticos, con cambios frecuentes de improvisado paisaje; corrupción a ojos vista de conciencias o de nombres y apellidos sin conciencia, por medio del favor oficial...".

Mientras tanto, los candidatos, —lenguas afiladas cual espadas toledanas—, destrozaban mutuamente sus honras y sus famas, seguidos por unos partidarios que se destrozaban a pistolatazos y a estacazos. Y al fondo las buenas gentes de España que no sabían a que carta quedarse. Algún candidato, como Largo Caballero explicó escuetamente el futuro, en un mítin pronunciado el día 29 de enero de 1936 en Valencia: "La clase trabajadora tiene que hacer su revolución. Si no nos dejan iremos a la guerra civil. Cuando nos lancemos por segunda vez a la calle (la primera había sido en octubre del 34), que no nos hablen de generosidad y que no nos culpen si los excesos de la revolución se extreman hasta el punto de no respetar cosas ni personas". Antes, en Alicante, y como cualquier profesor Tiempo Galván, había dicho: "Si ganan las derechas, al día siguiente tendremos que ir a la guerra civil declarada".

En fin, antes de conocerse los resultados definitivos de las elecciones, pero ya cuando las masas marxistas se habían apoderado de las calles, quemados más templos y conventos, cometidos asesinatos y actos vandálicos, Portela Valladares, después de muchas dudas y cobardías, resigna el poder en el presidente de la República, quien encarga a Manuel Azaña la formación de un nuevo Gobierno... Después de mí, el Diluvio, parece señalar el ex presidente del Consejo de Ministros. Don Niceto perdió su poltrona de presidente de la República dos meses más tarde; otros dos meses y habremos llegado al 18 de julio, lo cual demuestra que no somos nada.